

El control obrero en la Revolución Portuguesa 1974-1975

[Título original: *O controlo operário na Revolução Portuguesa 1974-1975*.

Publicado en *Marx e o Marxismo* v.2, n.2, ene/jul 2014. Bajo licencia Creative Commons Attribution 3.0 <http://www.marxeomarxismo.uff.br/index.php/MM/article/view/45>]

Workers Control in the Portuguese Revolution 1974-1975

Raquel Varela*, António Simões do Paço** y Joana Alcântara***

Resumen

Una de las características clave del proceso revolucionario portugués -1974-1975 – es el control obrero, que evolucionó decisivamente a partir de febrero de 1975. En las empresas nacionalizadas, en las principales empresas metalúrgicas e incluso en otros sectores se entra en una situación de control obrero más que de autogestión, tal vez más implantada en las pequeñas empresas y en las empresas con reales dificultades financieras i/o productivas. En este artículo estudiaremos esa historia distinguiendo el control obrero de los procesos clásicos de autogestión, haciendo referencia a los principales trabajos teóricos del marxismo en esta área.

Palabras clave: revolución de los claveles; Portugal; control obrero; autogestión.

Abstract

One of the key features of the Portuguese revolutionary process (1974-1975) is workers' control, which grew significantly since February 1975. In nationalized companies, leading metalworking companies and even in other sectors begins a situation of workers' control beyond self-management, perhaps more established in small enterprises and enterprises in real financial and / or production difficulties. In this article we will do this history, distinguishing workers' control from classic workers' self-management processes, with reference to the main Marxist theoretical works in this area.

Keywords: Carnation Revolution, Portugal, Workers' Control, Self-management

* Raquel Varela es historiadora. Investigadora del Instituto de História Contemporânea da Universidade Nova de Lisboa, donde coordina el Grupo de Estudos do Trabalho e dos Conflitos Sociais, e investigadora del Instituto Internacional de História Social, donde coordina el proyecto internacional *In the Same Boat? Shipbuilding and ship repair workers around the World (1950-2010)*. Es coordinadora del proyecto História das Relações Laborais no Mundo Lusófono. Es doctora en Historia Política e Institucional (ISCTE – Instituto Universitário de Lisboa). En este momento es Presidenta de la *International Association Strikes and Social Conflicts*. Es vice-coordinadora de la Rede de Estudos do Trabalho, do Movimento Operário e dos Movimentos Sociais em Portugal. E-mail: raquel_cardeira_varela@yahoo.co.uk

** Investigador del Instituto de História Contemporânea, Universidade Nova Lisboa.

*** Investigadora del Instituto de História Contemporânea, Universidade Nova Lisboa.

“No existe control obrero cuando pretendemos gestionar los negocios del patrón”¹

Obrero de la construcción naval, astilleros de Lisnave, Margueira, 1975

El día 25 de abril de 1974 un golpe llevado a cabo por el Movimento das Forças Armadas (MFA), en desacuerdo con la guerra colonial que se había prolongado durante ya trece años, puso fin a la dictadura portuguesa, que había durado 48 años bajo la dirección de António Salazar y -desde 1968- bajo la jefatura de Marcelo Caetano. Inmediatamente, y contra la proclama de los militares que dirigían el golpe -que insistían por la radio en que la gente debía quedarse en casa -, miles de personas salieron de sus casas, sobre todo en Lisboa y Oporto, y así fue como, con la gente a las puertas gritando “muerte al fascismo”, se cercó al Gobierno en el Cuartel do Carmo, en Lisboa; se abrieron las puertas de las prisiones de Caxias y de Peniche para que salieran todos los presos políticos; se desmanteló la PIDE/DGS², la policía política, se atacó la sede del periódico del régimen *A Época* y se abolió la censura.

El día 28 de abril, tres días después del golpe, los vecinos del barrio social (pobre) de Boavista, en Lisboa, ocuparon casas vacías y se negaron a salir, a pesar de ser intimidados por los militares y la policía; los trabajadores de banca empezaron a controlar la salida de capitales de los bancos a partir del 29 de abril y montaron piquetes a la puerta de éstos; el mismo día, los empleados de oficinas ocuparon el sindicato (los sindicatos estaban limitados en su libertad durante la dictadura y sus direcciones eran favorables al régimen) y expulsaron a la dirección; al día siguiente, varios sindicatos ocuparon el Ministerio de las Empresas y la Seguridad Social, que pasó a llamarse Ministerio de Trabajo; ese día, 10.000 estudiantes se reunieron en asamblea plenaria en el Instituto Superior Técnico, la escuela superior más importante del país, de ingeniería, y los trabajadores de la construcción civil destituyeron a la dirección del sindicato y ocuparon la sede. Comenzó la huelga en Transul, empresa de transportes, y se constituyó el Movimento de Libertação da Mulher (Movimento de Libertação da Mulher - MLM).

La manifestación del 1º de mayo – que pasa a ser el Día del Trabajador – reúne cerca de medio millón de personas en Lisboa. Medeiros Ferreira cita estudios que apuntan a una centena de manifestaciones, en las que participaron cerca de un millón de portugueses para escuchar a 200 oradores en todo el país (Ferreira, 1993, p. 35). Las ocupaciones de viviendas se suceden. En los primeros quince días de mayo hay huelgas, paros y en algunos casos ocupaciones, en decenas de fábricas y empresas. Varias manifestaciones, dirigidas sobre todo por la extrema izquierda, condenan la guerra colonial (el tres, cuatro y cinco de mayo, entre otras)... Había comenzado la revolución portuguesa, en un país de la Europa occidental, a mediados de la década de 1970 en el espacio geoestratégico de la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte)

El imperio portugués se derrumbó tarde, en 1974, después de haber movilizado casi dos millones de trabajadores forzados (en las minas de Sudáfrica, en las plantaciones de algodón de Angola, entre otros cultivos) y de una guerra de trece años -1961-1974- para impedir la independencia de los países africanos Angola, Cabo Verde, Mozambique, Guinea Bissau. Pero su estructura anquilosada llevó a la ruptura social más importante de la Europa de la posguerra- fue tan grande la caída como longeva su duración, de tal forma que ningún historiador hasta hoy ha conseguido delimitar cuántas reuniones de trabajadores hubo sólo en la primera semana que siguió al golpe del MFA, porque fueron centenares, tal vez millares³, en todo el país.

Anacrónico, brutal en las colonias, con la movilidad social congelada de la metrópoli que tenía poco que ofrecer a sus jóvenes -un millón de personas emigraron del país, sobre todo hacia Europa central entre 1960 y 1974 (Barreto, 2005) – el imperio llevó al Estado portugués a cerca del colapso, militar y financiero, hasta que un movimiento de capitanes dio un golpe militar para poner fin a la guerra, el 25 de abril de 1974. El golpe militar se dio así con escasa resistencia, contabilizándose, en total, cuatro muertos, blancos de los disparos de la policía política cercada.

La revolución portuguesa, argumentamos en nuestro trabajo, tiene cuatro características determinantes que pueden ayudar a explicar el alcance de la ruptura social, que a pesar de haberse dado en un pequeño país, ocurrió ya en la década de 1970 en Europa, con una dimensión de control obrero y ruptura del proceso de acumulación inusitados en esta región en este periodo.

¹ “Controlo Operário”, en: PATRIARCA, Fátima, *Controlo Operário em Portugal (I)*, Análise Social, Vol. XII (3.º), 1976 (n.º 47), pp. 765-816.

² Policía Internacional y de Defensa del Estado, Dirección General de Seguridad.

³ En la investigación que realizamos con Alejandro Lora y Joana Alcântara, registramos centenares de reuniones en la primera semana que siguió al golpe, pero era una investigación centrada en los principales periódicos, dejando fuera varias regiones del país y probablemente centenares o incluso millares de pequeñas empresas.

1. Es un proceso que nace de una derrota militar de un Ejército regular, inflingida por movimientos revolucionarios guerrilleros apoyados por campesinos de Guinea Bissau, Angola y Mozambique.
2. Esa derrota se combinó con la crisis económica más grave del capitalismo de postguerra, iniciada en 1973;
3. Está marcada por el protagonismo del movimiento obrero
4. Está marcada por las especificidades de ese mismo movimiento obrero portugués, caracterizado por su juventud (gran masa de jóvenes campesinos recién cualificados que salieron del campo a la ciudad en la década de 1960), ruptura política y sindical y su concentración en el cinturón sindical de Lisboa, capital del país. La inexistencia de organizaciones libres y democráticas de trabajadores, un talón de Aquiles del movimiento obrero portugués durante el Estado Novo, fue parte concomitante de la radicalización de la revolución, porque la ausencia de estas organizaciones en la mayoría de las fábricas y empresas del país determinó la apertura espontánea del espacio para que surgieran las comisiones de trabajadores.

La caída del régimen dejaba atrás un país europeo, colonial, con una estructura social que combinaba una industria pujante, una burguesía que daba los primeros pasos en la internacionalización⁴ y un pueblo sometido a bajos salarios, ignorancia y atraso. Alguien recordó que Portugal era entonces una especie de “Albania atlántica” donde:

Se reprime el divorcio, donde hay (muchos) libros, películas y canciones prohibidos, donde todas las artes son censuradas, donde se amordaza la comunicación social, donde muchos niños andan descalzos, donde la mayor parte de la población no dispone de frigorífico, teléfono, televisor o cuarto de baño, donde no se pueden contar chistes sobre las autoridades o criticar el poder, donde no hay derecho de manifestación o huelga, donde se necesita un permiso para tener encendedor o transistor a pilas, donde la agricultura se hace con arados medievales y tracción animal, donde la circulación de las carreteras está plagada de carros y carretas de bueyes, donde la ropa confeccionada es casi inexistente, donde la Coca-Cola es de contrabando, donde la policía ejerce la tortura en las prisiones, donde no hay autopistas ni elecciones⁵.

Éste era también el país donde, en la metrópoli, el 30 por cien de la población era analfabeta, no había sufragio universal, no había un sistema de previsión universal e ir al médico implicaba siempre una relación paternalista y comercial con las beneficiencias controladas por la Iglesia. Cruz Oliveira, designado para la cartera de Salud tras el 25 de abril, se enorgullece de haber puesto fin a la dependencia de los hospitales respecto a las beneficiencias y de haber acabado con el negocio de las señales (los familiares tenían que pagar una señal para ver a un enfermo en el hospital) y con el negocio de la sangre. “La sangre no se vende ni se compra, se da”⁶. Finalmente, incluso contando a países como Grecia y España, Portugal ocupaba el lugar más bajo entre los más bajos salarios europeos (Barreto; Preto, 1996).

El 25 de abril fue, por eso, la fecha más importante del siglo XX portugués. Porque puso fin a ese país e inauguró otro. Ese “otro país” fue la feliz expresión del cineasta Sérgio Tréfaut, que realizó una película con los originales de los cineastas extranjeros y fotógrafos de la agencia Magnum que visitaron Portugal “en busca de la revolución” donde los militares llevaban barba y andaban por las manifestaciones.

Una de las características clave del proceso revolucionario portugués es el control obrero, que evolucionó de forma decisiva a partir de febrero de 1975. En las empresas nacionalizadas, en las principales empresas metalúrgicas e incluso en otros sectores se entra en una situación de *control obrero* más que de autogestión, acaso más implantada en las pequeñas empresas y en las empresas con auténticas dificultades financieras i/o productivas. Este tipo de discusión se lleva a cabo -de forma polémica- en todas las principales empresas, como demostró el estudio realizado por Fátima Patriarca al sacar a la luz en algunas de estas empresas los documentos de discusión plenaria, en las CT's [Comisiones de trabajadores], sobre control obrero. El control obrero nos remite históricamente a experiencias semejantes, como en Petrogrado en 1917 o en Italia en 1919-20, casos en que los trabajadores no ejercen la autogestión de la empresa, sino que ésta está gestionada por los patrones bajo el control de los trabajadores.

En la Sociedade Central de Cervejas, en mayo de 1975:

⁴ Lisnave, por ejemplo, del poderoso grupo Companhia União Fabril (CUF) se funda en la década de 1960 con capitales portugueses, suecos y holandeses.

⁵ Nota en la Revista Visão, 2004, nº especial 25 de Abril, p. 1.

⁶ Entrevistado por la autora, 24 Febrero 2012.

Pero siempre dejando claro que los administradores siguen siendo plenamente responsables y pagados por gestionar. El control obrero no viene a resolver todos los problemas de los trabajadores. No resuelve el problema del pan, de los salarios y del empleo de los trabajadores. Son necesarias otras formas de organización que lleven a los trabajadores a la toma del poder.

Pero el control obrero permitirá a los trabajadores:

- a) Defenderse de las tentativas de sabotaje económico.
- b) Prepararse progresivamente para la toma del poder político. (Patriarca, 1976a, pp. 48; 1056-1057)

En Iberónica, en septiembre de 1975, "los trabajadores pidieron el acceso a los libros de contabilidad y el acceso al control obrero (Noticiário Nacional, 1975).

Un periodista de la RTP [Radio televisión portuguesa, NDT] describe la situación en la empresa para las cámaras:

Estamos aquí en Iberónica, una pequeña empresa con 12 trabajadores del sector electrónico, con problemas específicos de las pequeñas y medianas empresas. Aquí se ha trabado, desde hace tiempo, una lucha entre los 12 trabajadores y la patronal, representada por un socio gerente de la empresa. La comisión de trabajadores nos va a resumir brevemente lo que ha sido la lucha de los trabajadores contra la patronal reaccionaria.

Uno de los trabajadores:

Se resume esencialmente en lo siguiente. Los trabajadores ya antes del 25 de abril eran considerados agitadores u comunistas, especialmente dos miembros de la CT y una compañera. Y después todo se agudizó con la llegada del 25 de abril. Él nunca ha querido aceptar el 25 de abril. Hizo extracciones masivas de dinero y cometió locuras en un auténtico boicot a la continuidad de los trabajadores en la empresa. Comenzó despidiendo a 20 trabajadores, poco a poco...Y se agudizó en diciembre (1974), cuando despidió a una trabajadora y selló la mesa de trabajo de otra. Fuimos al Ministerio de Trabajo y los trabajadores tuvieron que ser readmitidos. Después continuó agudizándose y, en mayo, nuestro individuo intentó robar material para un amigo suyo. Volvimos al ministerio y comenzamos a hacer un control en la empresa que pensábamos que era un control obrero, pero con la agudización de la lucha de clases vimos que estábamos equivocados. El patrón ni siquiera aparecía por la empresa, nosotros sufríamos el boicot total de esta entidad patronal, dejó de responsabilizarse de todo, empezó a decir a voz en grito que era reaccionario y fascista, se llevó dinero, faltó a una segunda reunión en el Ministerio de Trabajo, el día 18 de agosto, el mes pasado. Entonces decidimos ocupar las instalaciones. Entonces apareció a una reunión el 22 de agosto. Nuestra única reivindicación es que la sociedad nombre a un gerente para estar al frente de esto, nosotros no queremos la dirección de la firma, no queremos quedarnos con la firma, queremos que ese gerente gestione la firma en completo acuerdo con los trabajadores. La Comisión de trabajadores hace un auténtico control sobre la producción [...] y eso es lo que él no quiere.

El significado del control obrero

Frecuentemente, en la literatura, se confunde control obrero con autogestión, con cogestión (que incluye a los sindicatos) y también se confunde el control obrero con situaciones de doble poder organizado (soviets). El control obrero es un de los temas más interesantes pero menos estudiados del periodo revolucionario en Portugal. Es una paradoja evidente, porque el hecho de haber control obrero es parte de la definición de un periodo como revolucionario.

La historia del control obrero en la revolución portuguesa podría, en verdad, ser un hilo conductor de esta historia social desde el inicio. En cierto modo así es.

Al seguir la historia de los trabajadores -y no de los sectores particulares de esta masa- nos trasladamos hasta al base social de los movimientos de liberación en las colonias, llegamos hasta las reivindicaciones populares de después del 25 de Abril y nos encontramos ahora, en algún punto de 1975, en la lucha política organizada del sector industrial de la clase trabajadora, el movimiento objetivo cuya *esencia* es la confrontación entre clases y fracciones de clases (la estabilidad o su ausencia), la confrontación social que se *muestra* en la historia político-institucional como un sucesión de crisis gubernamentales y militares.

Nuestra elección no es arbitraria. Se puede escribir la historia de los Gobiernos a partir de los decretos y de las luchas políticas entre las fracciones del Gobierno, incorporando la descripción de las luchas sociales. Se puede escribir la historia del control obrero en las principales fábricas y empresas del país – con influencia en todas las centenares y millares de sus empresas satélites (en una industria con alto grado de monopolización) – y ver cómo estos cambios comprometieron la propia estabilidad de los seis gobiernos

provisionales.

La opción no es libre. Teoría y metodología en la labor de la historia no pueden ser reemplazadas ni por una visión positivista que encadena acontecimientos, ni por el irracionalismo relativista posmoderno que escoge arbitrariamente los hechos. No es la crisis política lo que da origen al control obrero. Es la lucha en las empresas y fábricas lo que determina la crisis política, que a su vez tendrá influencia en el control obrero. No hay una mera correlación. Hay una relación causal.

Hay pocos periodos en la historia en los que se pueda desarrollar este tema con la riqueza histórica de la dimensión a que llegó este control en el bienio 1974-1975 en Portugal. Se encuentran casos semejantes en el bienio *rosso* en Italia en 1919-20 (Harman, 2002) o en las revoluciones rusas de 1905 e 1917 (Trotsky, 1980), y, por ejemplo, más recientemente, en los cordones industriales chilenos de 1972-1973 (Winn, 1986).

“Un burgués sólo está derrotado cuando huye”, escribió el historiador C. L. R. James (natural de Trinidad y Tobago) en su monumental e imprescindible obra *Jacobinos Negros*, que cuenta la historia de la revolución que dio origen a Haití (2000).

Tenemos aquí, en 1975, ese momento raro en la historia en que sectores de la clase dominante literalmente huyeron del país y otros se encontraron secuestrados en las empresas que otrora administraban. El hecho de que esta radicalidad haya terminado sin muertos, en un golpe sorprendentemente consensual al nivel de las principales dirigencias, no disminuye la dimensión del proceso. El “*bienio rosso*” portugués fue una de las escasas circunstancias en la historia del siglo XX europeo de posguerra en que, de hecho, eso ocurrió, bajo el impacto del desarrollo de la *dualidad de poderes* impuesta por el control obrero (y por otras formas de dualidad de poderes). Por eso, éste es un concepto determinante de la historia del control obrero en Portugal – dualidad de poderes verificada por la conjunción de estos factores: *organización política de los trabajadores al nivel de la producción de cara a la toma del poder político del Estado*. Veremos cómo este fenómeno específico del proceso revolucionario se diferencia de la autogestión y de la cogestión, formas en las que los trabajadores pasan a ser como patrones de sí mismos, total o parcialmente.

Planteamos como hipótesis explicativa del proceso de 1974-1975 en Portugal que el golpe de 11 de marzo surge ya como una tentativa medio desesperada de un sector/fracción de burguesía portuguesa por intentar derrotar la revolución con métodos duros, mediante un golpe de carácter bonapartista o semibonapartista, porque justamente se había ampliado el proceso de dualidad de poderes, especialmente en la escuelas (con la huelga de los institutos de febrero), en los barrios, con la explosión del movimiento de vecinos partir de febrero de 1975, y con el propio desarrollo de control obrero. Y que ese golpe, al ser derrotado, amplió la crisis del Estado, abriendo las puertas al desarrollo casi irreversible de los procesos de control obrero en las principales empresas del país. En verdad, creemos que, en parte, la nacionalización de algunas empresas se lleva a cabo no solo razones objetivas, para evitar la fuga de capitales y la quiebra del país – control sobre la inversión –, sino también para evitar el desarrollo del control obrero que introducía una situación de dualidad de poderes. Este proceso, argumentamos como hipótesis explicativa, condujo a la ruptura de la coalición PS-PCP (Partido Socialista, Partido Comunista Portugués) y al progresivo desmembramiento del MFA, porque la situación social se polarizaba impidiendo la estabilización de un gobierno de carácter frentepopulista.

Hay que señalar que sólo se comprenden los cambios políticos que condujeron a 1) la caída del IV Gobierno y la crisis revolucionaria; 2) a la decisión del golpe contrarrevolucionario del 25 de noviembre, tomada en agosto de 1975; 3) al desmembramiento del MFA, a partir de septiembre de 1975, si se comprenden el control obrero en las fábricas y empresas, el embrión de coordinadora nacional de las comisiones de trabajadores, que fue formándose paulatinamente entre febrero y junio 1975, contra la decisión de todos los partidos de los sucesivos gobiernos, del PCP que era hegemónico en los sindicatos, entonces organizados en la gran central que ya era la Intersindical, que había salido del estado embrionario de 1974 con escasa representatividad para alcanzar casi 2 millones de trabajadores en el verano de 1975. Salvo que consideremos que existe una autonomía de la esfera política frente a la social, debemos encontrar una respuesta en los cambios sociales para comprender los cambios políticos (al nivel de los gobiernos, y la relación entre los partidos y el MFA).

La escasez de obras sobre el tema del control obrero⁷, así como la migración de la historia de la esfera

⁷ Algunas obras no analizan el control obrero, pero sacan a la luz del día documentos que sirvieron, entre otros, de base a este estudio. Es el caso de *O Futuro era Agora*, de Francisco Martins Rodrigues, *Greves no 25 de Abril*, de José Pires, y la mayor recopilación, *Controlo Operário em Portugal*, de Fátima Patriarca. Los volúmenes *As lutas sociais nas empresas*, organizados por Santos et al., un capítulo nuestro sobre el PCP y el control obrero, en *A História del PCP na Revolução dos Cravos*, y la tesis de doctorado del investigador Miguel Pérez, que al tratar la historia de las comisiones de trabajadores se refiere parcialmente a procesos de control de la producción.

social y política hacia el ámbito político-institucional generan una confusión en torno al concepto de control obrero, con pocos paralelos en la historiografía social. Es difícil encontrar un autor que use el mismo nombre para cosas idénticas. Y a la inversa, se usa indiscriminadamente para cosas diferentes el concepto de control obrero. A éste se le confunde sobre todo con la autogestión, y también, en el caso de la revolución portuguesa, con cogestión, intervención del Estado en las empresas, ocupación de fábricas y empresas, procesos reivindicativos de cariz sindical, democracia industrial e incluso con la propia gestión del Estado.

Control obrero es un proceso de dualidad de poderes que consiste en la organización política de los trabajadores al nivel de la producción – formalizada o no – con vistas a tomar el poder político. Es una *situación* en el proceso de lucha en medio de un proceso revolucionario y no una estructura o institución. Que haya control obrero es parte de la definición del propio concepto de un período revolucionario. Este fenómeno específico se distingue de la autogestión (forma en la que los trabajadores pasan a ser patrones de sí mismos) y de la cogestión (los trabajadores gestionan, normalmente a través de los sindicatos, las empresas y/o fábricas asociados a los patrones y/o el Estado).

Es común también, ver en algunas obras la asociación entre control obrero y situaciones de doble poder organizadas, y donde el autor no reconoce la existencia de control obrero cuando no hay formas de organización consejistas estructuradas (soviets). Creemos que esta es una visión equivocada porque en determinadas situaciones el control obrero puede ser más fuerte que la dualidad de poderes a nivel político, es decir, que la ruptura en la producción en el sector económico puede ser mucho más extensa que la crisis del Estado. Fue esto lo que ocurrió en la revolución portuguesa, y también en otros procesos de control obrero como los *cordones industriales* chilenos o los *consejos* en el bienio *rosso* italiano.

En la década de los 70 del siglo XX, el control obrero era ampliamente debatido, a partir de las experiencias de 1968 (Brinton, 1975; Mandel, 1976; Hammond, 1981). Sin embargo, lo que profundizó este debate fue la teoría producida por los dirigentes revolucionarios entre las revoluciones de 1848 y la década de 1930 – Karl Marx (2011), Lenin (1976), António Gramsci(1921), Karl Korsch (Martorano, 2011), León Trotsky (1931), Pannekoek(1977), Adler (Martorano, 2011)⁸.

No existe, sin embargo, un cuerpo teórico de síntesis dedicado a esta cuestión en relación al cual, por su importancia, dejamos aquí un resumen de las principales escuelas de pensamiento y debate teórico (Ibídem).

Karl Marx, a partir de la experiencia histórica de la Comuna de París, en 1871, desarrolla esta cuestión dando importancia a las experiencias de gestión de los trabajadores, pero apuntando no hacia una defensa de la autogestión – la cual solo existiría realmente después de que el «proletariado tome el poder», lo que entonces se denominó en una famosa frase, el «autogobierno de los productores», – sino más bien hacia el papel que la autogestión podía tener en el aprendizaje, en la experiencia que podría dar a los obreros (Marx, 2011).

Antonio Gramsci, analizando el control obrero en el bienio revolucionario de 1920-21 en Italia, cuando Giolitti, presidente del Gobierno, durante la ocupación de fábricas en septiembre de 1920, presentó a la Cámara de los Diputados un proyecto de ley del control obrero, consideró que:

Para los comunistas, plantear el problema del control significa [...] plantear el problema del poder obrero sobre los medios de producción, el problema de la conquista del Estado. [...] Cualquier ley sobre ello que emane del poder burgués tiene un único significado y un único valor: significa que realmente, y no sólo verbalmente, el terreno de la lucha de clases se ha modificado, en la medida en que la burguesía se ve obligada, en este nuevo terreno, a hacer concesiones y a crear nuevas instituciones jurídicas; y tiene el valor demostrativo real de una debilidad orgánica de la clase dominante (Gramsci, 1921, pp. 1-2).

León Trotsky teoriza sobre este tema a partir de un debate, al inicio de la década de los 30 del siglo XX, con los anarquistas alemanes sobre la legislación de los consejos de fábrica en Alemania. Destacaba entonces el que fue el primer presidente de un soviét (en Rusia, en 1905) la cuestión de la dualidad de poderes y reducía el valor de la institucionalización de las formas de control obrero:

Nunca escribí consejos de fábrica “legales”. Y no sólo, incidí inequívocamente en que los consejos de fábrica sólo pueden convertirse en órganos de control obrero bajo la premisa de tal presión de las masas que al menos parcialmente en el país y en las fábricas ya esté establecida una situación de doble poder. Para mí es claro que es tan posible que los consejos de fábrica se conviertan, bajo la ley actual, en órganos de control obrero como que la revolución se dé en el marco de la constitución de

⁸ Ver sobre Adler el trabajo de síntesis sobre la teoría del control obrero presentado por Luciano Martorano (2011).

Weimar! (Trotsky, 1931, p. 1)

Trotsky aborda una cuestión que nos parece central para explicar la revolución portuguesa: que en determinadas situaciones el control obrero puede ser más fuerte que la dualidad de poderes a nivel político. En el caso portugués se dan todas las condiciones que enumera más tarde, con la excepción de un «fascismo vigoroso», toda vez que en Portugal el régimen de dictadura se colapsó en la primera semana después del golpe de 25 de Abril de 1974:

Un régimen avanzado de dualidad de poder, como una de las etapas altamente probables de la revolución proletaria en todos los países, se puede desarrollar de forma diferente en diferentes países, a partir de elementos diversos. Así, por ejemplo, en ciertas circunstancias (una crisis económica profunda y persistente, un fuerte grado de organización de los trabajadores en las empresas, un partido revolucionario relativamente débil, un Estado relativamente fuerte que mantenga un fascismo vigoroso en reserva, etc.), el control obrero sobre la producción puede ir considerablemente por delante del poder político dual desarrollado en un país (Ibídem).

Es mucho más difícil reconocer la existencia de control obrero porque representa una situación de hecho, según Trotsky, que no tiene registro institucional (en el caso de Portugal existe, sin embargo, registro de decretos gubernamentales de control obrero ¡que intentan acabar con el control obrero! Y muchas veces ni registro político. Es una forma de poder que se opone al poder institucional y, por tanto, su registro es disperso o incluso inexistente. Pero en el caso de Portugal, el desarrollo de las CT's – y tal vez el tiempo histórico en que ocurrió, ya en la década de los 70, e incluso la militancia intelectual próxima a las fábricas – dio lugar a que en la Revolución de los Claveles haya un manantial de fuentes excepcional a este respecto.

Lenin, responsable del primer decreto sobre control obrero del mundo, en 1917, a propósito de la discusión sobre el control obrero en las fábricas nacionalizadas, destacó la necesidad de nacionalización de todo el sistema bancario (y no de sólo una parte), lo que implicaba la nacionalización de los grandes consorcios industriales y comerciales, señalando que “sin abolir el secreto comercial, el control de la producción y de la distribución no iría más lejos que una promesa vacía”. Sería una medida burocrática y no de control de los trabajadores. La cuestión era central para los revolucionarios rusos y no era una cuestión teórica. Un día después de la toma del poder, el 7 de noviembre de 1917, se escribe el proyecto de decreto sobre control obrero:

1. Queda establecido el control obrero sobre la producción, conservación y compraventa de todos los productos y materias primas en todas las empresas industriales, comerciales, bancarias, agrícolas, etc., que cuenten con, al menos, cinco obreros y empleados [...]
2. Ejercerán el control obrero todos los obreros y empleados de la empresa, ya directamente, si la empresa es tan pequeña que lo hace posible, ya por medio de sus representantes, cuya elección tendrá lugar inmediatamente en asambleas generales [...].
4. Todos los libros de contabilidad y documentos, sin excepción, así como todos los almacenes y depósitos de materiales, herramientas y productos, sin excepción alguna, deben estar abiertos a los representantes elegidos por los obreros y empleados [...](Lenin, 1976, p. 63).

La discusión sobre el control obrero se extiende, evidentemente, a la forma organizativa que le daba sustento, organizada o espontánea: los consejos.

Anton Pannekoek es de los autores que más discuten esta cuestión, al referirse a “la democracia del trabajo” afirmando incluso que una “organización en consejos es el único medio por el cual la Humanidad trabajadores organiza sus actividades vitales sin que tenga necesidad de un gobierno para dirigirla”(Pannekoek, 1977). Karl Korsch desarrolla el concepto de *democracia industrial*, donde se opone al concepto de la lucha por el poder del Estado: “la lucha decisiva en última instancia es la que se libra por el dominio de la economía (o de la “organización del trabajo”), y no la disputa por el control de los órganos dirigentes del Estado» (Korsch, apud: Martorano, 2011, p. 32).

En Portugal, en 1974-75, se usaba la expresión control obrero indiscriminadamente para referirse a la «participación en la gestión», a la «publicidad de los sueldos» y al control sobre la producción (Santos; Lima; Ferreira, 1976, pp. 49-50) y las organizaciones políticas y sindicales batallaban para que la expresión control obrero adquiriese significados diferentes conforme a su estrategia política. Durante 1974-1975 estos conceptos se entrelazan y atropellan porque la lucha política, en las fábricas y empresas, evolucionó de forma igualmente intrincada. Como vimos, casi día a día algunas empresas podían pasar de un estadio de conflicto democrático (persecución del informador de la PIDE) a uno de ocupación, el Estado podía intervenir en esa empresa y poco después ésta entrar en autogestión, comenzar la autogestión antes de la

intervención, y más tarde, o antes, plantearse la cuestión del control obrero y luego evolucionar en esas fábricas a propuestas de enlace embrionario del control de esa fábrica a otras del mismo ramo o sector.

Siendo todavía posible, incluso probable, que esa misma empresa o fábrica, por mantener el ejemplo, se haya enzarzado en una lucha política diaria entre los que defienden el mantenimiento de la propiedad y/o el control del Estado, los que defienden la necesidad de una “batalla de la producción” sin cuestionar la propiedad, argumentando que con cogestión o autogestión no tiene sentido concretar esta propuesta, los que creen en la autogestión y desarrollan mecanismos técnicos de control de la producción, pero al margen de la política de la “batalla de la producción”, y los que, en un proceso de control obrero, intentan un encuadramiento nacional y político del control de las empresas que imponga la ruptura total del Estado.

En varias empresas han quedado registros indiscutibles de esta coyuntura de poder. En los astilleros navales de Lisnave se produjo un documento en el que consta que el control obrero debe ejercerse en el sentido de : «[...] Mostrar a la clase que el aumento de la productividad y la crisis del desempleo no se resuelven cambiando de patrón(...)», y que

Si el control obrero al nivel de todos los astilleros, después al de la rama de la metalurgia y, por fin, al nivel de todas las comisiones de trabajadores del país son los segundos, terceros y cuartos pasos que la clase dará y que necesita para que los patrones no jueguen con nosotros como el gato con el ratón (Patriarca, 1976a, pp. 48; 1056-1057).

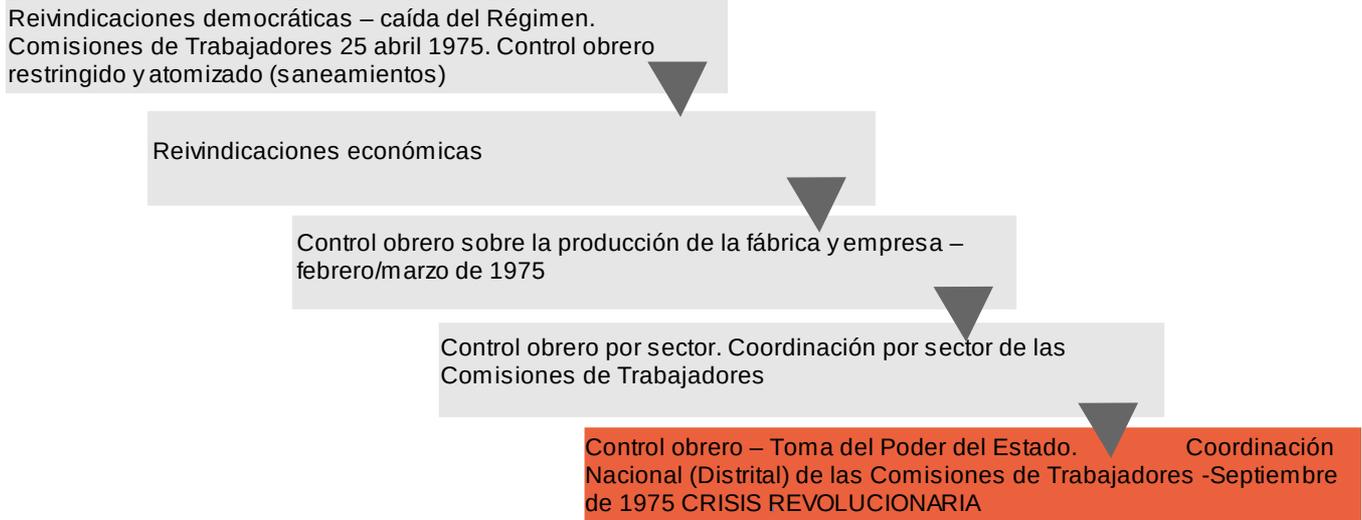
Fátima Patriarca, en un estudio realizado sobre el control obrero, da decenas de ejemplos de comunicados de las asambleas de fábrica y empresas donde se rechaza la batalla de la producción y se defiende el control obrero, en el sentido de una medida de lucha contra la explotación capitalista y como forma de que el movimiento obrero cree poder y conciencia de clase para abolir el sistema de relaciones capitalistas. El Conselho de Defesa dos Trabalhadores da Lisnave, que rechaza las medidas «insertas en una batalla de la economía que únicamente significa producir más»⁹. Los trabajadores de los astilleros de Margueira defienden también en esta fecha que «no existe control obrero cuando pretendemos gestionar los negocios del patrón»¹⁰. Los trabajadores de Sacor, en el Norte, en mayo de 1975 proponen la cesión de fuel y gas a las empresas con problemas de orden económico donde han huido los patrones y defienden que el control obrero solo tendrá sentido si «conduce a un aumento de su conciencia (de los trabajadores), o sea, si les hace ver cada vez más claramente cuáles son sus verdaderos intereses, si los lleva a plantearse la cuestión fundamental: la conquista del poder» (Ibídem).

Con algunas excepciones, se puede sistematizar un modelo analítico en el cual la historia del control obrero en la revolución se divide esencialmente en tres grandes periodos: 1) formas atomizadas; 2) control obrero coordinado por sector; 3) control obrero diseminado a nivel nacional y coordinado de manera embrionaria a nivel de distrito y nacional (Varela, 2011).

⁹«A Situação Política e as Tarefas da Classe Operária». En: PATRIARCA, Fátima. Controlo Operário em Portugal (I). Análise Social, Vol. XII (3.º), 1976 (n.º 47), pp. 765-816.

¹⁰«Controlo Operário». En: PATRIARCA, Fátima, Controlo Operário em Portugal (I). Análise Social, Vol. XII (3.º), 1976 (n.º 47), pp. 765-816.

Cuadro 1 – Evolución del control obrero durante la Revolución de los Claveles



Cuadro 2 – Ejemplo del debate sobre control obrero en las grandes empresas

Empresa	Fecha de la fuente	Objetivos	Organización y forma del control de la producción
Sorefome	4 de marzo de 1975	Saneamientos, despidos y reivindicaciones	
CT Socel	5-6 de mayo de 1975	Batalla de la producción. Control sobre la gestión	
Ministerio de Trabajo	7 de mayo de 1975	Productividad y reconstrucción nacional	Cogestión (sindicatos)
Secretaría de Estado de Industria	7 de mayo de 1975	Socialismo, educación de los obreros para gestionar la producción directamente	Control obrero (comisiones de trabajadores y comisiones de reestructuración). Crítica de la autogestión
Sacor (grupo de trabajadores)	Mayo de 1975	Socialismo, poder obrero/doble poder, producción para las necesidades. Control obrero. Crítica de la autogestión	Comisiones de trabajadores
Sociedade Central de Cervejas (grupo de trabajadores)	Junio/julio de 1975	Socialismo, poder obrero/doble poder, producción para las necesidades. Control obrero. Crítica de la autogestión	Comisiones de trabajadores
CDT Lisnave	14 de julio de 1975	Socialismo, poder obrero / doble poder, producción para las necesidades. Control obrero	Comisiones de control nacional de las industrias navales compuesta por delegados de las comisiones de trabajadores
CDT Lisnave	15 de julio de 1975	Educación de los obreros para gestionar la producción directamente. Control obrero	Sin referencias sobre la organización
Lisnave (grupo de trabajadores-Margueira)	Julio de 1975	Independencia nacional. Control obrero	Rechazo de la cogestión
Dirigentes sindicales del textil	30-31 de julio de 1975	Doble poder. Rechazo de la batalla de la producción. Rechazo de la auto y cogestión	Comisiones de trabajadores
Ministerio de Trabajo	Agosto de 1975	Control de la producción y gestión de manera articulada con el Programa del MFA/ Planes del Gobierno. Garantizar medidas de austeridad	Comisiones de control de la producción con CT y sindicatos. Control fábrica a fábrica, sin coordinación.
CCPSorefame	Septiembre de 1975	Educación de los obreros para gestionar la producción directamente. Control obrero	
Ministerio de Industria	VI Gobierno Provisional (sin fecha)	Planes del Gobierno. Garantizar medidas de austeridad	Organización a definir. Control fábrica a fábrica, sin coordinación
Congreso Nacional de las Comisiones de Trabajadores	27-28 de septiembre de 1975	Socialismo. Control obrero sobre la producción y extensión a todas las empresas. Rechazo del control fábrica a fábrica.	Coordinación nacional de todas las comisiones de trabajadores
EFACEC	Noviembre de 1975	Control sobre toda la producción con vistas a la producción para las necesidades.	Sin referencia
CT del Cinturón Industrial de Lisboa	8 de noviembre de 1975	Control detallado sobre toda la producción, pero sin objetivos de alterar la propiedad de las empresas.	Comisiones de trabajadores con sindicatos
EFACEC	9 de noviembre de 1975	Control político sobre la producción	Control por todos los obreros, rechazo de la autogestión
Constitución	Abril de 1976	Control sobre la gestión	Comisiones de trabajadores
Diploma de control de gestión IV Gobierno Provisional	7 de julio de 1976	Control sobre la gestión	Comisiones de trabajadores

Fuente: "Controlo Operário". En: PATRIARCA, Fátima, Controlo Operário em Portugal (I) y (II)

En las luchas sociales, a partir del 25 de Abril de 1974, existe control obrero en las formas de protesta radicales (huelgas, secuestros, ocupaciones). Este control, que no es igual a las reivindicaciones sindicales (mejoras salariales, etc.), existe sobre todo al nivel de la lucha que fuerza a la administración de la empresa a cambiar su composición (saneamientos). En esta fase, el control obrero está atomizado, el centro es la empresa – y no el poder político estatal –, la lucha es por la recomposición de la administración y no por el control de la producción en su totalidad, y no hay coordinación nacional de estas formas de acción colectiva, ni siquiera embrionaria.

Existen, entre abril de 1974 y febrero de 1975, varios procesos de lucha radicales, que se dan al nivel de las empresas, cuyo núcleo es reivindicativo. Hay algunos procesos autogestionarios que se distinguen del control obrero por defender la propiedad de la empresa en las manos de los propios trabajadores¹¹. El control obrero en esta fase se amplía, pero se limita a algunos sectores de la empresa como en la TAP [Transportes Aéreos Portugueses, NDT], o a la totalidad de ellas (Lisnave, Jornal do Comércio), pero aún así restringido, cuando se mira el conjunto del panorama nacional.

Movidos por intereses de orden democrático (garantía de las libertades), los trabajadores ejercen presión en las empresas con vistas a determinar la composición de la administración (saneamientos). Los trabajadores, en el sentido de forzar ese cambio, se organizan en comisiones de trabajadores de forma casi espontánea. Esa forma organizativa permite colocar en la plataforma reivindicativa de tipo económico en el centro de las actividades de las comisiones de trabajadores, al juntar, de forma asamblearia, sujetos sociales cuyo interés común era la mejora de las condiciones y relaciones laborales. Este encuentro de un sujeto social, ahora unificado en la comisión, va a determinar una evolución de la conciencia política (y también por la influencia de jóvenes cuadros de la izquierda radical y por la incapacidad del régimen, en el marco de una profunda recesión, de evitar el creciente desempleo (Rosa, 1975)). La lucha por esa plataforma reivindicativa tiende a desarrollarse como lucha política que aparece como forma de garantizar las reivindicaciones de carácter laboral.

Surge así, en una segunda fase, a partir de febrero de 1975, el control obrero, una situación de lucha política y cuestionamiento del poder del Estado, organizado desde la base de la fábrica o empresa, para conseguir concretar las reivindicaciones económicas. Este control al nivel de la fábrica no es ajeno al desarrollo del control al nivel del barrio, realizado por las comisiones de vecinos.

El desarrollo del control obrero, a partir de febrero de 1975, es uno de los factores que explican la nacionalización de la banca. En el caso portugués, no se limitó a haber una nacionalización de la banca, sino más bien una *expropiación*, porque se realiza sin indemnizaciones. Las nacionalizaciones y la crisis política tras [el intento de golpe del] 11 de Marzo de 1975 darán, ahora, un nuevo aliento al control obrero por la propia estatalización de varias empresas de los mayores grupos económicos que, a su vez, también son nacionalizados, y donde se plantea la cuestión del control obrero. Por otro lado, se desarrolla una lucha social intensa de los trabajadores en las empresas en el sentido de conseguir su nacionalización (Central de Cervejas, Lisnave, entre otras). La coyuntura recesiva permanece: inflación, aumento galopante de los precios de los alimentos, de los transportes y, sobre todo, del desempleo – que alcanza su pico en esta fase – están en el meollo de este proceso.

Se abre una lucha política dentro de las empresas, sobre todo a partir de mayo de 1975, entre los que se organizan en el sentido de ejercer el control obrero, a partir de comisiones de control sobre toda la producción (incluyendo beneficios y salarios) con vistas a «tomar el poder por los trabajadores» (posición que será potente o dominante en muchas fábricas) y que por eso mismo colocan el acento organizativo en la coordinación nacional de las comisiones de control, por sector, con las empresas satélites o intercomisiones; y en otro grupo de trabajadores – donde se encuadran los trabajadores dirigidos por el PCP y por el arco gubernamental – que se coloca en una posición de defensa de la cogestión entre las administraciones de las empresas, trabajadores y Estado, o entre Estado y trabajadores, y que tiende a poner el acento en la defensa de la «economía nacional», en la «batalla de la producción», y rechaza el control sobre los salarios, por ejemplo, tanto como la nacionalización de empresas con capital extranjero.

La prevista incapacidad del Gobierno para bloquear lo que sería una derrota para a burguesía portuguesa, la constitución de un «soviet» nacional, la coordinadora nacional de las comisiones de trabajadores, que se configuraría como un poder alternativo nacional, un contrapoder del Estado (y como tal quedaría escrito en los documentos de plenarias de diversas empresas), liderado por el proletariado industrial fuertemente concentrado en tres ciudades, conducirá, en nuestra opinión, a la ruptura del gobierno y a la movilización,

¹¹ Comissão Coordenadora das Empresas em Autogestão, A Realidade da Autogestão em Portugal, Lisboa, Perspetivas e Realidades, s/d

por la Iglesia, por el PS y por la derecha, de la violencia del «Verano caliente» contra sectores obreros y partidos de izquierda, y a la decisión, tomada en agosto de 1975, de constituir un nuevo frente amplio (que reunió PS, Iglesia, sectores del MFA, derecha) para preparar un golpe que bloqueara la revolución (y no un golpe para bloquear al Partido Comunista, como se ha asumido erróneamente durante mucho tiempo, dado que éste se opuso al control obrero).

Pero, la ruptura de la coalición lleva también a la ruptura del MFA y, con ésta, la cuestión del control obrero – situada al nivel de las empresas y barrios – se extiende, después de septiembre de 1975, al Ejército, a los cuarteles, hasta entonces en cierta forma dificultado por un poder alternativo *sui generis*, el del MFA, el cual intentaba, sin éxito, equilibrar y evitar el choque. Cuando se desmiembra el MFA, una parte de sus componentes se queda con la derecha, pero una parte de la izquierda militar, con posiciones en sectores clave de las fuerzas armadas, tenderá a apoyar formas, muy embrionarias, de doble poder (SUV, comisiones de soldados)¹² y ello llevará a enfrentamientos dentro del propio PCP, reticente, entre la mayoría de su dirección, a evolucionar hacia un enfrentamiento y esperanzado en los reequilibrios de tipo frentepopulista con el propio PS. A pesar de la construcción de una memoria, en gran medida con origen en el propio PCP, en torno a la idea de que la caída del V Gobierno, que curiosamente el PCP nunca apoyó *de facto*, habría sido el fin de la revolución (asociando revolución con gobierno, régimen y Estado), lo que la historia del control obrero demuestra es precisamente lo contrario.

La crisis del régimen y del Estado liberaron todas las amarras, débiles es cierto, que todavía existían para que la revolución, es decir, el poder popular y obrero, se impusiese al Estado. La crisis revolucionaria, ese momento en que hay o una toma del poder y una dislocación del Estado o una reposición por la fuerza del equilibrio político que permite las relaciones de producción capitalistas, comienza de hecho en septiembre de 1975, conocida bajo el eufemismo de «crisis político-militar». El MFA arrastra consigo el último reducto de estabilidad estatal.

Recuperando, para sistematizar, como metáfora, el viejo eslogan de la Revolución Rusa, «los de arriba ya no podían gobernar como antes y los de abajo ya no querían ser gobernados como antes». Veremos que, al contrario de la Revolución Rusa, no existe en Portugal un partido revolucionario con hegemonía, y que los que existen son frágiles, moleculares, aunque sus cuadros hayan desempeñado un papel fundamental en este control obrero, lo que remite a la fuerza de las ideas y organizaciones en las escuelas técnicas, industriales y universidades en la época del marcelismo [la dictadura, NDT], bajo el impacto de la revolución cubana, del guerrillerismo latinoamericano, del conflicto chino-soviético, y más directamente de esa otra aventura histórica europea de posguerra, mayo del 68.

El último periodo de control obrero, entre septiembre y noviembre de 1975, se caracteriza así por la paulatina construcción de formas embrionarias de coordinación del control obrero a nivel nacional. Es decir, el desarrollo exponencial de la fuerza de las comisiones de trabajadores y de la preponderancia de las reivindicaciones políticas, contra el Estado, dentro de esas empresas: construcción del socialismo, abolición de las relaciones mercantiles, abolición de la sociedad de clases, rechazo del llamamiento a la reconstrucción nacional, control de los beneficios. Esta situación – la incapacidad del VI Gobierno¹³ para gobernar – dará un creciente impulso a la creación de formas embrionarias de coordinación de las comisiones de trabajadores, que en Lisboa, donde casi todo se decidía, dado el nivel de macrocefalia administrativa y el alto nivel de concentración industrial, llega a concretarse con fuerza y grandes polémicas internas. El 7 y 8 de noviembre de 1975 se reúne el Encuentro de las Comisiones de Trabajadores del Cinturón Industrial de Lisboa, donde la cuestión del control obrero y de la coordinación nacional de las comisiones de trabajadores son los dos temas que más dividen a las comisiones allí presentes.

El IV Gobierno (dominado por el PCP, el VI será dominado por el PS), y el Consejo de la Revolución, después de asumir el control sobre la banca – y así intentar colocar bajo la protección estatal un sector amenazado por el control obrero –, adoptaron la estrategia de la «batalla de la producción» (que tiene antecedentes históricos en Francia tras 1945, por ejemplo), delineada por el PCP en el seno del Gobierno (para hacer frente al control obrero) y apoyada por todos los miembros de la coalición.

La definición del PCP sobre lo que entiende por control obrero - y que aplica a través de la Intersindical – es una forma de cogestión (“O processo revolucionário e a batalha da produção” En: *Avante!*, 1975a, p. 4): organización de los trabajadores en todo tipo de organismos – sindicatos, asociaciones, cooperativas,

¹² Soldados Unidos Vencerão

¹³ Hubo 6 gobiernos durante la revolución de los claveles. En el I, II, III y IV participaron el PS, el PCP, el PPD y militares; el V fue apoyado sobre todo por militares próximos al PCP y el VI incluía a todos los partidos pero estuvo dominado políticamente por el PS y los militares que simpatizaban con él.

uniones de campesinos, comisiones de vecinos y otros – con vistas a defender la revolución y asegurar la batalla de la producción, el «principal frente de lucha de la clase obrera» (Ibídem). Se trata de *participar* (y no de controlar) en la producción y, junto con los sindicatos, en la implantación de los planes de las empresas, precios, problemas salariales, etc. (“Não há meio caminho nem meias tintas” En: *Avante!*, 1975a, p. 6) – estrictamente vinculados al objetivo que de la «batalla de la producción». El secretario de Estado de Trabajo, Carlos Carvalhas, miembro del PCP, citado en *Avante!*, aclara el alcance de lo que el partido definía como «control obrero»: «Esta batalla de la reestructuración de todo el aparato productivo tiene como vectores principales producir mejor, con menores costos (“Fazer do trabalho ato revolucionário” En: *Avante!*, 1975b, p. 6).

De esta forma, el «control obrero» era sometido a la batalla de la producción. Junto a ésta, hubo también otra política, la de la contención de lo que el PCP designaba como «reivindicaciones no realistas» por parte de los trabajadores, en un marco en que, incluso después de las nacionalizaciones, más del 90% de la fuerza de trabajo laboraba para un patrón privado y el Estado continuaba siendo capitalista (Cunhal, 1976, pp. 43-45). En un mitin del PCP realizado el 18 de mayo de 1975 en Vila Franca de Xira, Álvaro Cunhal explicó que la «gran tarea del momento» es la «batalla de la producción» y que ésta tiene de ser llevada a cabo poniendo fin a las «reivindicaciones no realistas» y a las huelgas. En el mitin realizado el 28 de junio de 1975 en Campo Pequeno, Veiga de Oliveira, el ministro comunista de Transportes y Telecomunicaciones del IV Gobierno, recordó la victoria de la nacionalización de los ferrocarriles, de la TAP, de los transportes marítimos y de decenas de empresas de autobuses y condenó la ola de huelgas y reivindicaciones llevadas a cabo en estas empresas, consideradas un acto de «sabotaje» de la «reacción» (“Com o PCP pela Unidade Popular rumo ao Socialismo” En: *Avante!*, 1975c, p. 4).

Esta política reúne un amplio consenso en la coalición, en el Consejo de la Revolución, en el MFA. El PS y el PPD¹⁴ declaran que la difícil situación exige la contención de las reivindicaciones (“Coligação aceita unir forças contra a crise” En: *Diário de Lisboa*, 1975a, pp. 1 e 20); Costa Gomes afirma que el trabajo es la «forma de estar con la revolución» (“O trabalho enquanto forma de estar com a Revolução ” In: *Avante!*, 1975d, p. 9); Ramiro Correia, por ejemplo, anuncia que «el poder político pasa por la batalla de la producción» (“O poder político passa pela batalha de la produção ” En: *Diário de Lisboa*, 1975b, p. 1). El discurso de Vasco Gonçalves en el día del trabajador está en total sintonía con la política defendida por el PCP:

Nuestra crisis económica es, en este momento, el obstáculo fundamental para vencer. Es nuestra gran dificultad. Y el tiempo que tenemos para vencerla es limitado. O remontamos, por nosotros mismos, con nuestro propio esfuerzo, o comprometeremos gravemente la marcha de nuestro proceso revolucionario, el futuro de nuestra Patria. Estaría a la vista el regreso del fascismo, la dependencia económica, la pérdida de las libertades. Nuestra lucha es decisiva. Llamo desde aquí a todos los trabajadores, a todos los patriotas, para que se lancen a la batalla de la producción, de cuya victoria depende el futuro de la Revolución. La batalla de la producción es una etapa necesaria para vencer la crisis económica y crear condiciones para el futuro desarrollo de la economía, en un camino al socialismo. (Gonçalves, 1975)

Las empresas nacionalizadas serán uno de los centros neurálgicos de esta política. La nacionalización de bancos, compañías de seguros y, tras ellos, algunas empresas estratégicas de grupos económicos portugueses dominantes que se da, *grosso modo*, entre marzo de 1975 y mayo de 1975, es una política forzada por los trabajadores que, en la dinámica de la revolución, la imponen a los partidos políticos y al MFA, obligando al Consejo de la Revolución y al IV Gobierno Provisional a decretarla. Es la revolución la que coloca las nacionalizaciones en el centro de la historia de Portugal a partir de 1975. Ni el PCP, ni el PS, ni el MFA hicieron de las nacionalizaciones una estrategia en el bienio 1974-75.

La historia de las nacionalizaciones es muy compleja porque refuerzan el poder estatal mientras que aparentemente se lo retiran a las empresas. Tienen aspectos bonapartistas, pero contradictorios, porque el desenlace de las nacionalizaciones fue el control del Estado sobre las empresas, con el doble resultado de salvar económicamente empresas en medio de una recesión económica, pero también de rescatar la propiedad que objetivamente estaba puesta en cuestión por los trabajadores, por el control obrero.

A medio plazo – una década después –, los bancos y las empresas nacionalizadas serán devueltos al sector privado. Pero este proceso tiene una historia, tiene un comienzo y un final: cuando se dan las nacionalizaciones, representan, en aquel momento, la victoria de los trabajadores, una derrota del sistema capitalista, una agudización de la lucha de clases que pone directamente en cuestión la propiedad privada. Y la historia de la revolución, a partir de entonces, será también la historia de la extraordinaria confianza que ganan los trabajadores y parte de los sectores intermedios de la sociedad en sí mismos, desde el 11 de

¹⁴ Partido Popular Democrático

marzo de 1975 – fecha de la derrota del golpe de derechas que dio lugar a la generalización de organismos embrionarios de doble poder –, la confianza de que pueden vencer, de que consiguen cuestionar la propiedad privada de los medios de producción, y esa confianza se extenderá como un reguero de pólvora por todo el país, y estará en el origen de la crisis revolucionaria que comienza en julio de 1975, el llamado Verano Caliente.

La primera nacionalización en Portugal tras la revolución se da a menos de un mes después de la caída del régimen. El 21 de mayo de 1974 los trabajadores de la Companhia das Águas ocupan la sede de la empresa y exigen su nacionalización. Pasa a llamarse Empresa Pública das Águas de Lisboa (EPAL)¹⁵. Pero no habrá más nacionalizaciones hasta después de la victoria de la ley de la independencia de las colonias, en el verano de 1974. En septiembre de 1974, mediante los decretos-ley n.º 450, 451 y 452/74, se nacionalizan el Banco de Portugal, el Banco de Angola y el Banco Nacional Ultramarino, lo que, de acuerdo con Medeiros Ferreira, «es el primer paso para que el Estado pase a ser la única entidad de la parte portuguesa que gestione las consecuencias financieras de la descolonización que se desencadenará oficialmente con la Ley n.º 7/74, de 26 de julio» (Ferreira, 1993, p. 114).

De hecho, la descolonización obligaba al capitalismo portugués a utilizar en su auxilio la centralización para salvar el máximo posible de capitales ligados a las colonias. No obstante, no se debe subestimar el papel de la lucha revolucionaria en la metrópoli en la concreción de estas medidas: primero, la propia descolonización estuvo determinada también por la dinámica revolucionaria de la metrópoli tras el 25 de Abril; después, los sindicatos de los empleados de banca mantuvieron fuertes luchas desde el 25 de Abril de 1974, y es una consecuencia de la derrota del golpe de derechas encabezado por el general António de Spínola, el 28 de septiembre de 1974, que el Estado aumentase su poder en la fiscalización de las instituciones de crédito, por ejemplo, con el Decreto 540-A/74, de 12 de octubre.

La mayoría de las nacionalizaciones se realiza entre el 11 de marzo y mayo de 1975. El día 11 de marzo de 1975, los trabajadores de banca, que ocupaban las instalaciones de los bancos, exigen la nacionalización de la banca. El día 12, el Consejo de la Revolución, que se constituyó ese mismo día, anuncia la nacionalización de la banca (excluidos los bancos extranjeros) y, el 24 de marzo, la de los seguros. El día 14 de abril, gigantescas manifestaciones apoyan, en Lisboa y en Oporto, la nacionalización de la banca (*Diário Popular*, 1975, pp. 9 e 11). El 15 de abril, por decisión del IV Gobierno Provisional, se nacionalizan decenas de empresas que pertenecían a los grupos financieros, ahora expropiados, incluyendo las empresas de sectores básicos de la economía nacional como petróleos, electricidad, gas, tabacos, cervezas, siderurgia, cementos, transportes marítimos, celulosas, construcción y reparación naval, transporte de mercancías por carretera, transportes colectivos urbanos y suburbanos, etc. Muchas de estas empresas estaban ligadas, como ya dijimos antes, a los grandes grupos económicos que se habían enriquecido durante el Estado Novo, como el Grupo CUF, el Grupo Champalimaud, el Grupo Espírito Santo, etc.

Muchas empresas, incluyendo algunas de razonable dimensión, escaparon a la ola de nacionalizaciones – transformación del corcho, refinado de azúcar, textiles y exportación de vino, la mayoría del Norte del país. Y fue precisamente a través de ellas como se constituyeron los primeros núcleos de los nuevos grupos privados, como el de Américo Amorim.

La doctrina del Estado Novo consagraba la iniciativa privada, pero el sector empresarial del Estado (SEE) se desarrolló considerablemente en ese periodo, como señala Silva Lopes (Lopes, 1999, p. 310), y acabó detentando posiciones de dirección o de influencia en los transportes, refinerías, electricidad, banca, etc. Se calcula que las empresas integradas en el sector público empleaban, antes de las nacionalizaciones, cerca de 2/3 de la mano de obra del conjunto del que después de las nacionalizaciones quedó empleando el SEE. En los primeros años después de las nacionalizaciones de 1975, el SEE ocupaba alrededor de 300 mil trabajadores, cerca del 8% de la población activa, y gestionaba un valor añadido bruto de entre el 20 y el 25% del PIB. Como refiere también Silva Lopes, Portugal se quedó con uno de los sectores empresariales de mayor dimensión de Europa Occidental, pero aún así no muy distinto de lo que había en Francia, Italia, Reino Unido y Alemania. En esos países, de media, el sector público empleaba al 10% de la fuerza de trabajo (Ibidem, pp. 314-315).

Las nacionalizaciones fueron realizadas bajo el impacto de una crisis generalizada de acumulación mundial y, de cierta forma, la metodología con que fueron hechas – sin control obrero – sugiere que la burguesía portuguesa tiró mano de las nacionalizaciones para salvar los dedos, una vez perdido los anillos. O sea, como forma de acabar con los conflictos sociales en las empresas y rescatarlas de la crisis de acumulación.

¹⁵ En 1981 cambia de nombre a Empresa Pública das Águas Livres y, en 1991, a Empresa Portuguesa das Águas Livres, su denominación actual.

Lo que se confirma por la retórica de los partidos de la coalición gubernamental que, sin excepción, llamaron a la contención de las luchas en las empresas nacionalizadas, alegando que éstas ahora pertenecían al pueblo portugués, omitiendo que el Estado seguía siendo capitalista, lo mismo que las empresas administradas por él. Medeiros Ferreira, por ejemplo, defiende que las nacionalizaciones permitieron a los militares detentar el control del sistema financiero (Ferreira, 1993, p. 116) y Silva Lopes recuerda la contribución de aquéllas para atenuar los efectos de la coyuntura económica (Lopes, 1999, p. 316).

La importancia de las nacionalizaciones durante la revolución no reside, esencialmente, en el impacto económico ni en el eventual diseño de una economía de carácter socialista, porque la economía y el Estado continuaron siendo capitalistas, y los bancos y las empresas extranjeras permanecieron sin intervención.

Como ya señalábamos, las empresas nacionalizadas empleaban, en 1975, el 8% de la población activa. Su importancia, y esto es un hito que separa fronteras en la revolución portuguesa, está en el hecho de que las nacionalizaciones hayan sido hechas bajo la exigencia de los trabajadores, muchas veces reunidos en asambleas y ocupando las instalaciones de las empresas para exigir a su nacionalización. Las nacionalizaciones estuvieron también acompañadas de extraordinarias victorias de los trabajadores, como importantes mejoras de los salarios reales, en un periodo de inflación elevada (del 20 al 30%), y otras adquisiciones sociales. Y fueron realizadas sin indemnización. Reflejo agudo de la lucha de clases, muchos capitalistas, incluyendo algunos de los hombres más ricos del país, fueron encarcelados tras el golpe del 11 de marzo y/o acabaron huyendo, la mayoría a Brasil, para regresar a Portugal sólo a partir de finales de los años 70, cuando los gobiernos comenzaron a delinear un proceso de indemnizaciones (o devolución de las empresas) establecidas primero mediante la ley 80/77, de 26 de octubre (Ibidem, p. 320).

Para intentar impedir el control obrero, Carlos Carvalhas, secretario de Estado de Trabajo, presenta dos proyectos de ley que pretendían (aunque nunca se concretaron en su totalidad) un control estricto de los trabajadores que disipaba las formas reales de control obrero. En el primer proyecto de ley, de mayo de 1975, se propone la constitución oficial de comisiones de control de la producción, que deben participar en la elaboración de los planes de la empresa y «velar por el desarrollo normal de la producción y por su mejoría cualitativa y cuantitativa» (*Documento del Ministerio de Trabajo*, En: Patriarca, 1976b, pp.765-816). En el segundo proyecto, en su artículo 5.º, establece que «la actividad de las comisiones no podrá nunca ser ejercida contra los intereses globales de la economía, por lo que no podrá contribuir en ningún caso a la paralización de la actividad productiva regular de la empresa». El proyecto establecía también que las comisiones de control de la producción debían «velar por el cumplimiento del programa del Gobierno para el sector» (*Documento del Ministerio de Trabajo*, 2º proyecto de ley En: Patriarca, 1976b, pp. 765-816). En *Avante!*, se subraya esta política: creación de comisiones de control destinadas a garantizar «la victoria de la batalla de la producción» (“Com o PCP pela Unidade Popular rumo ao Socialismo”, 1975c, p. 4). Esta política, como explicábamos, reúne un amplio consenso en la coalición, en el Consejo de la Revolución, en el MFA. El PS y el PPD declaran que la difícil situación exige contención de las reivindicaciones (“Coligación aceita unir forças contra a crise” En: *Diário de Lisboa*, 1975a, pp. 1 e 20) y que «el poder político pasa por la batalla de la producción» (“O poder político passa pela batalha da produção” En: *Diário de Lisboa*, 1975b, p. 1; Gonçalves, 1975).

Pero hay un debate dentro de sectores minoritarios del Gobierno contra esta estrategia. El documento de trabajo de la Secretaria de Estado de Industria y Tecnología del IV Gobierno Provisional, elaborado por João Martins Pereira, se opone al documento de Carvalhas, afirmando que:

«El control de la producción no debe ser entendido como un fin, sino como un medio, entre otros, para efectuar en la práctica la revolución socialista o, más correctamente, de alcanzarla en el más breve plazo, evitando simultáneamente los conocidos inconvenientes de una ‘estatalización’ desde arriba». Tal intervención es vital para «oponerse a las pragmáticas motivaciones de ‘reconstrucción nacional’ que posponen la revolución hasta que aquélla esté terminada (a ejemplo de lo que sucedió en los países europeos occidentales en la posguerra» (Patriarca, 1976b, pp. 760-770).

Muchos trabajadores apoyan la política del Gobierno, incluso en fábricas importantes (como Sorefame) (Ibidem, pp. 765-816). Pero esta política también despertará fuertes resistencias entre algunos sectores, a dos niveles: permanece la lucha por el control obrero, por un lado, y por el otro, las reivindicaciones – salariales, oposición a los despidos, contestación a las gerencias empresariales – no se suavizan.

Hay varias tentativas de encontrar una forma de poner fin a este (des)control, por parte del Estado:

- a) La principal es la creación del Consejo de la Revolución, que intenta reforzar los poderes militares de la cúpula del MFA en colaboración con el IV Gobierno.
- b) Tentativas de dirigir este poder paralelo ligándolo al Estado – *Documento Guia Povo-MFA*.

c) Varias formas de tener una fuerza dentro de este proceso, el cual se refleja en los consejos creados en Lisboa (la Asamblea Popular/Comuna de Lisboa) y Setúbal (Comité de Lucha) que articulan CTs y comisiones de vecinos y más tarde comisiones de soldados. La más importante será la coordinadora da CIL – Cinturón Industrial de Lisboa. Pero hubo otras también más directamente ligadas a los partidos, como el caso de los Comités de Defensa de la Revolución (CDRs), afectos al PCP; de los Consejos Revolucionarios de Trabajadores, Soldados y Marineros (afectos al PRP-BR). Y el I Congreso Nacional de las Comisiones de Trabajadores (dirigido por el MRPP¹⁶, pero también con la presencia do PRT¹⁷).

Los CDRs eran organismos «unitarios, de dirección no partidista, para defender el proceso revolucionario en curso». De *facto*, eran organizaciones de carácter frentepopulista, creadas por el PCP en junio de 1975, como forma de combatir el control obrero en las fábricas y empresas, que se había ampliado a partir de febrero de 1975, como consecuencia sobre todo del desempleo, y encarrilar la dirección del control obrero hacia formas de cogestión entre sindicatos, trabajadores y Gobierno, o autogestión bajo intervención del Estado. Se crearon como respuesta al aumento exponencial de formas de control obrero, a nivel de empresas y de sector, y también como reacción a otras organizaciones semejantes, creadas por partidos de extrema izquierda como el PRP-BR¹⁸, que creó los CRTSM¹⁹ inspirado en la experiencia cubana de los CDR.

Los CDRs – parece que sólo tuvieron impacto en el cinturón industrial de Lisboa, Marinha Grande y algunas zonas del Alentejo – tenían como objetivos específicamente el apoyo y articulación con el MFA, la defensa del plan económico del Gobierno y, en la disputa entre el PCP y la extrema izquierda, la lucha contra «las maniobras provocadoras y divisionistas». En sus objetivos formales, propugnan la «vigilancia permanente del proceso revolucionario» para evitar el «fascismo», la «reacción» y vigilar las empresas.

Los Comités de Defensa de la Revolución estaban explícitamente abiertos a hombres y mujeres y pretendían que los trabajadores tuviesen una preparación militar con vistas a pelear en las empresas por la estrategia frentepopulista del PCP de impedir las trabas a la producción, la «batalla de la producción», ya provinieran del control obrero o de formas de sabotaje económico o descapitalización de las empresas. Más allá de la discusión partidista, se trataba sobre todo de conseguir evitar la coordinación de la dualidad de poderes a nivel nacional. Se los movilizará en las campañas de apoyo a Vasco Gonçalves para presionar por la formación del V Gobierno (Gobierno dominado por militares de izquierda con un equilibrio político semejante al VI Gobierno, dominado por el PS) antes de que se desmembraran. Como la estrategia del PCP nunca se basó en la lucha armada de los trabajadores, sino en el reforzamiento de los aparatos sindicales y estatales, los CDRs nunca tuvieron mucha importancia.

Los Consejos Revolucionarios de Trabajadores, Soldados y Marineros fueron promovidos por el PRP-BR. Tuvieron su primera conferencia el 19 y 20 de abril de 1975. La iniciativa contó con la participación de trabajadores de 161 empresas, entre ellas Lisnave, Setenave, Siderurgia Nacional, y 21 unidades militares:

Los CRTSM aparecieron como órganos políticos de la clase en el sentido de la toma del poder y la implantación de la dictadura del proletariado. Es de señalar la implantación militar de esta iniciativa, como reflejo de la simpatía despertada por el PRP-BR entre algunos jóvenes militares, entre ellos Otel Saraiva de Carvalho (Pérez, en prensa).

En septiembre se reúne en Covilhã, esta vez bajo la égida del MRPP, pero también con la participación del PS y del PRT, un encuentro nacional de CTs. Reconociendo el valor de las comisiones sindicales, el congreso, que reúne 95 comisiones de trabajadores (53 con derecho a voto, 42 con estatuto de observador), entiende que éstas en sí mismas no pueden dar una dinámica revolucionaria al proceso, que sólo puede ser dada por la coordinación de las CTs a nivel nacional. El PS quería reforzar una estructura que fuese contrapeso al PCP, y por eso apoyaba esta coordinadora, pero el MRPP y el PRT, de polos opuestos, tenían una visión más consejista del proceso. Los ejes programáticos que salen de las declaraciones del congreso son la lucha por las 8 horas diarias, 5 días por semana, el armamento de las CTs en comisiones militares constituidas por ellas, el rechazo a los despidos y, sobre todo, «el desarrollo del control obrero de toda la producción, distribución y consumo» (*“Viva a Classe Operária”*, 1975, En: Carpeta “Portugal 1975-1975”).

La más importante de estas organizaciones será la coordinadora del CIL – que reunía las comisiones de

¹⁶ Movimento Reorganizativo do Partido do Proletariado, maoísta.

¹⁷ Partido Revolucionário dos Trabalhadores - trotskista.

¹⁸ Partido Revolucionário Português –Brigadas Revolucionárias, guevarista.

¹⁹ Conselho Revolucionário de Trabalhadores, Soldados e Marinheiros, guevarista.

trabajadores del Cinturón Industrial de Lisboa (CIL) –, y será fundamental en las «movilizaciones del verano y otoño de 1975. Agrupaba entre dos y tres centenares de CTs de la capital, y dio lugar a estructuras regionales semejantes en Setúbal, Oporto y Braga en los meses y años siguientes»²⁰. La CIL, aunque tenía una parte de dirigentes seguidores del PCP, no fue hasta 1975 una estructura monolítica dirigida por este partido. La CIL es «la estructura organizadora de la gran manifestación realizada en Terreiro do Paço el 16-11-1975»²¹ y convocará varias manifestaciones con un amplísimo poder de movilización, entre septiembre y noviembre de 1975, apoyadas por casi todos los partidos a la izquierda del PS.

Cuando se reúnen por primera vez, en Barreiro, el 8 de noviembre de 1975, las comisiones de trabajadores del cinturón industrial de Lisboa, el PCP aboga por una política de mantenimiento de la producción verificada por una comisión de control de la producción que represente «a todos los sectores importantes de la empresa». Recordando que, en aquel momento, había 322 mil desempleados, casi 10 veces más que el 25 de Abril de 1974, el PCP considera, en el encuentro, que «la crisis del desempleo no pasa por la reducción de las horas de trabajo», sino por una mejor organización de los trabajadores, nacionalización del comercio exterior y e «máximo aprovechamiento de la capacidad productiva» (“Encontro de trabalhadores da Cintura Industrial de Lisboa” En: *Avante!*, 1975e, p. 5). En su conjunto, estas medidas permiten crear condiciones para la reposición de la tasa de acumulación por parte de los patrones, medidas que el PCP considera que pueden ser aplicadas junto con la «elevación de los salarios de los trabajadores peor pagados» y con el rechazo de indemnizaciones a los ex-patrones de las empresas nacionalizadas. Finalmente, el partido se reafirma frontalmente contra la creación de un organismo nacional de coordinación de las comisiones de trabajadores, defendiendo que éstas deben tener un papel como dinamizadoras de las asambleas populares, pero sin ninguna coordinación entre sí: «Vemos que la creación de un órgano superior de las C.T. institucionalizado y con carácter definitivo podrá atraer el peligro de dispersar esfuerzos, desviando las C.T. de sus objetivos fundamentales» (Ibídem).

Referencias

AVANTE! Serie VII, 22 de mayo de 1975a.

_____. Serie VII, 19 de junio de 1975b.

_____. Serie VII, 3 de julio de 1975c.

_____. Serie VII, 26 de junio de 1975d.

_____. Serie VII, 13 de noviembre de 1975e.

BARRETO, António. “Mudança Social em Portugal: 1960-2000” En PINTO, Costa (coord.) *Portugal Contemporâneo*. Lisboa: D. Quixote, 2005.

BARRETO, António & PRETO, Clara Valadas. *Portugal 1960/1995: Indicadores Sociais*. Mirandela: Público, 1996.

BRINTON, Maurice, *Os Bolcheviques e o Controlo Operário*. Oporto: Afrontamento, 1975.

CUNHAL, Álvaro. “Discurso no comício do PCP em Vila Franca de Xira, 18 de maio de 1975” En: *A Crise Político Militar. Discursos Políticos 5*. Lisboa: Avante!, 1976.

DIÁRIO de LISBOA. 12 de mayo de 1975a.

_____. 9 de mayo de 1975b.

DIÁRIO POPULAR. 15 de marzo de 1975.

FERREIRA, José de Medeiros, *Portugal em Transe (1974-1985)*,.En MATTOSO, José (dir). *História de Portugal*. Lisboa: Círculo de Leitores, 1993.

GONÇALVES, Vasco. “Discurso de Vasco Gonçalves no 1.º de maio de 1975”. En: <http://www1.ci.uc.pt/cd25a/wikka.php?wakka=poderpol01>, acceso el 14 de julio de 2009.

GRAMSCI, António.“Controlo Operário” En: *L’Ordine Nuovo*, 10 de febrero de 1921. En <http://www.marxists.org/portugues/gramsci/1921/02/10.htm>, acceso el 11 de diciembre de 2011.

²⁰ Pérez, Miguel, «Comissões de trabalhadores», En: Dicionário de História da Revolução, Oporto: Figueirinhas (en prensa).

²¹ Pérez, Miguel, «Comissões de trabalhadores», En: Dicionário de História da Revolução, Oporto: Figueirinhas (en prensa).

- HAMMOND, John. "Worker Control in Portugal: The Revolution and Today" En: *Economic and Industrial Democracy*. London: Sage, vol2., 1981.
- HARMAN, Chris. *A People's History of the World*. London-Sidney: Bookmarks, 2002.
- JAMES, C. L. R. *Jacobinos Negros*. São Paulo: Boitempo, 2000.
- LENINE, Vladimir. *O Controlo Operário e a Nacionalização da Indústria*. Lisboa: Estampa, 1976.
- LOPES, José da Silva, *A Economia Portuguesa desde 1960*. Lisboa: Gradiva, 1999.
- MANDEL, Ernest (ed.), *Contrôle Ouvrier, Conseils Ouvriers, Autogestion*. Paris: François Maspero, 1975.
- MARTORANO, Luciano. *Conselhos e Democracia. Em busca da participação e da socialização*. São Paulo: Expressão Popular, 2011.
- MARX, Karl. *A Guerra Civil na França*. São Paulo: Boitempo Editorial, 2011.
- PANNEKOEK, Anton. *Los Consejos obreros*, Bilbao: Ed. Zero, 1977.
- PATRIARCA, Fátima. Controlo Operário em Portugal (II), *Análise Social*, Vol. XII, 48, 1976a.
_____. Controlo Operário em Portugal (I), *Análise Social*, Vol. XII (3.º), 47, 1976b.
- PÉREZ, Miguel. "Conselhos Revolucionários de Trabalhadores, Soldados e Marinheiros". En: *Dicionário de História da Revolução*. Oporto: Figueirinhas (en prensa).
- ROSA, Eugénio. *A Economia Portuguesa em Números*. Lisboa: Moraes Editora, 1975.
- RTP. *Noticiário Nacional*, 7 de septiembre de 1975. En: *Archivo de la RTP*.
- SANTOS, Maria de Lurdes; LIMA, Marinús Pires de & FERREIRA, Vítor Matias. *O 25 de abril e as Lutas Sociais nas Empresas*. Oporto: Afrontamento, 1976, 3 volúmenes.
- TROTSKY, León. *Workers Control of Production, Letter to a group of German Left Oppositionists*. Agosto 1931. En: <http://www.marxists.org/archive/trotsky/germany/1931/310820.htm>, acceso el 2 de enero de 2012.
_____. *História da Revolução Russa*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1980, 3ª edición, Vols. II y III.
- VARELA, Raquel. *A História do PCP na Revolução dos Cravos*. Lisboa: Bertrand, 2011.
- «*Viva a Classe Operária*», órgano del Secretariado Nacional de las Comisiones de Trabajadores, Año I, 10 de octubre de 1975, En la carpeta «Portugal, 1974-1975», *Archivo del International Institute for Social History*, Amsterdam.
- VISÃO. *Especial 25 de Abril*, 15 de abril, 2004.
- WINN, Peter. *Weavers of Revolution: The Yarur Workers and Chile's Road to Socialism*. New York: Oxford University Press, 1986.

Abril de 2014



Edición y traducción:

[Alejandria proletaria, biblioteca general del pensamiento revolucionario.](#)

València (Estado Español). Enero de 2015.

<http://grupgerminal.org/> germinal_1917@yahoo.es